

# UN PAÍS ENTERO CONTRA LA NOVELA NEGRA: UNA MIRADA A LOS MALETINES, DE JUAN CARLOS MÉNDEZ GUÉDEZ



JUAN CARLOS CHIRINOS

ESCRITOR VENEZOLANO

[juanc@usal.es](mailto:juanc@usal.es)

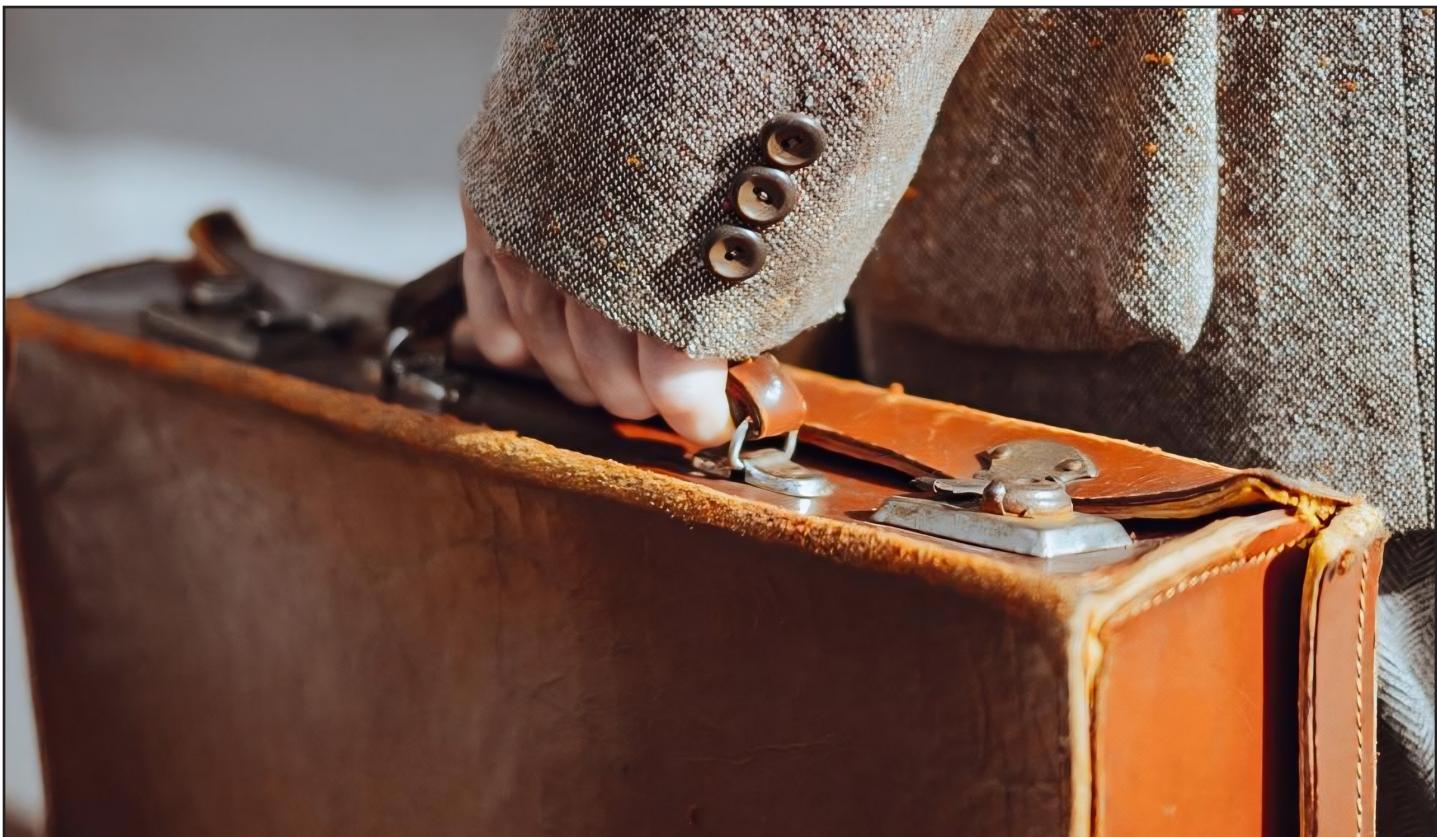


Fuente:Creative Commons

Hace poco leí una nota en Facebook de Dayana Fraile, escritora residente en Estados Unidos, en la que contaba consternada cómo su sobrino de cinco años, en Venezuela, había sido lo suficientemente listo como para esconderse en el baño y evitar ser secuestrado por unos «malandros» motorizados que asaltaban su kínder. Al parecer, su abuela celebró que el niño tuviera la astucia necesaria para librarse de semejantes peligros,

pero desde luego —confiesa Dayana— desearía que la abuela tuviera anécdotas más amables, semejantes a las que todas las abuelas del mundo cuentan de sus nietos. Pero no: viven en Venezuela, y la vida normal hace tiempo que desapareció de la «Pequeña Venecia». Actualmente, la violencia se ha incrustado de tal forma en la cotidianidad que produce los mismos efectos dolorosos que la espina de un cují.

Otro «daño colateral» de la brutal escalada de violencia en la sociedad venezolana es que ha acentuado una característica que ya se percibía hace décadas: la imposibilidad de que la novela policial o negra (al menos la de corte clásico) tuviera un desarrollo «normal». Porque, como dice un personaje en la obra que nos ocupa: «un lugar en el que matan a diecinueve mil personas cada año no es el lugar donde hay que ocultar una muerte». Con la historia de



Fuente:Creative Commons

violencia que ha tenido Venezuela —al menos desde 1810—, lo sorprendente es que hayan existido, y sigan apareciendo, escritores seducidos por el género negro. Tengo la impresión de que en Venezuela, y quizás en el resto de América Latina, a este género lo ha sustituido la novela de la violencia política, de las revoluciones fallidas y de la barbarie impuesta por lo que Ítalo Tedesco llamaba la «trilogía embrutecedora» (el cura, el prefecto y el terrateniente). No es igual la violencia que rodea a Andrés Barazarte en *País portátil* que la que acecha a Philip Marlowe en *El sueño eterno*.

La obra de Juan Carlos Méndez Guédez (Barquisimeto, 1967) —con cuya ya larga amistad me congratulo— no ha dejado de establecer conexiones entre Venezuela y España. De hecho, si una imagen representa a sus personajes, es la de un avión que cruza el Atlántico en un sentido u otro del mapa: a veces para regresar, otras para huir, otras para buscar. A mí me atrapan especialmente las historias de *El libro de Esther*, *Tal vez la lluvia*, *Arena negra* y *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo*. A esta lista se suma ahora *Los maletines* (Madrid, Siruela, 2014), que es la «plenitud de su humor triste», como la define con su habitual agudeza Andrés Neuman.

El protagonista, Donizetti, es un funcionario opaco y mediocre (pero «buena gente»), uno de tantos que el proceso chavista ha colocado como un parásito más en la «teta» del Estado. Donizetti viaja con maletines de un continente a otro, pero no sabe qué llevan dentro (es inevitable el referente del escándalo de Guido Antonini Wilson, interceptado en 2007 en el aeropuerto argentino de Ezeiza con un maletín que contenía 800 000 dólares sin declarar). Donizetti solo obedece órdenes, aunque en el fondo no sepa de quién: de los chavistas, del G2, del jefe cubano que lo trata con displicencia, de los rusos, de los chinos o de un «arriba» kafkiano en el que el poder se desdibuja como en aquel asfixiante castillo.

Donizetti casi tiene dos familias, casi tiene dos hijos, casi tiene una vida normal; todo lo normal que se puede ser en Venezuela. Tiene un amigo de la infancia, Manuel, que resultará ser un verdadero aliado y clave para la resolución del final feliz de la novela, un detalle nuevo y refrescante en la narrativa del autor. Sin embargo, me dio la impresión de que Donizetti, a veces, tiene un problema: cree que vive en una novela de Graham Greene o de Robert Harris, y las cosas no serán tan fáciles para él. No estamos ante una novela de espías, negra o de corrupción política al

uso; el autor no será tan generoso: incluso le embadurnará, literalmente, la cara de excremento para que entienda que no está en una trama sofisticada, sino en la penosa Venezuela que Hugo Chávez dejó como legado.

Como confesó en una ocasión Méndez Guédez: «Cuando escribes intentas también incorporar una suerte de fotografía subjetiva de un momento particular de la existencia, en este caso de la existencia de un país [...]. Del mismo modo, lo que más me interesa es que haya quedado un reflejo de lo que puede ser la fuerza salvadora de la amistad en momentos duros».

El género negro no ha dicho su última palabra en Venezuela, ni mucho menos, aunque parezca que la historia del país no le es propicia. Al contrario, con esta novela se confirma que es un género capaz de infiltrarse con comodidad en territorios para los que, en principio, no fue creado, siempre y cuando tenga como soporte una prosa de gran poder como esta, efectiva para crear la atmósfera de una buena novela noir. Pero cuidado: *Los maletines* esconde el mapa de un tesoro que el lector deberá descifrar, y no sé si querrá hacerlo, o si le conviene, porque «el peligro de muchas señales es intentar comprenderlas». Quedan advertidos y, por eso mismo, tentados.